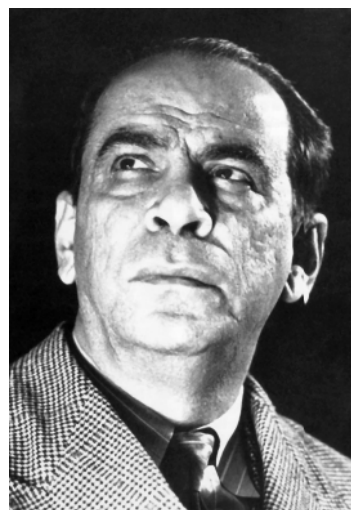


RÓMULO GALLEGOS FREIRE

(1884-1969)



Rómulo Gallegos

“A MENUDO SE RENIEGA DE LOS MAESTROS SUPREMOS; se rebela uno contra ellos; se enumeran sus defectos; se los acusa de ser aburridos, de una obra demasiado extensa, de extravagancia, de mal gusto, al tiempo que se los saquea, engalanándose con plumas ajenas; pero en vano nos debatimos bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores; por doquier encontramos sus huellas; inventan palabras y nombres que van a enriquecer el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbiales, sus personajes ficticios se truecan en personajes reales, que tienen herederos y linaje. Abren horizontes de donde brotan haces de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; proporcionan motivos de inspiración, temas, estilos a todas las artes: sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano” (François de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, libro XII, capítulo I, 1822).

Los *maestros supremos* son los escasos escritores —*genios nutricios*, dicen algunos— que satisfacen cabalmente las necesidades del pensamiento de un pueblo, aquellos que han alumbrado y amamantado a todos los que les han sucedido. **Homero** es uno de ellos, el genio fecundador de la Antigüedad, del cual descenden Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio. **Dante** engendró la escritura de la Italia moderna, desde Petrarca hasta Tasso. **Rabelais** creó la dinastía gloriosa de las letras francesas, aquella de donde descenden Montaigne, La Fontaine y Molière. Las letras inglesas derivan por entero de **Shakespeare**, y de él bebieron Byron y Walter Scott. Y las letras castellanas siempre saben remitirse a **Miguel de Cervantes**. La originalidad de estos *maestros supremos* hace que en todos los tiempos se los reconozca como ejemplos de las bellas letras y como fuente de inspiración de cada nueva generación de escritores. Esta sección de la *Revista de Santander* solamente estará abierta para ellos, para permitirles que continúen inspirando la voluntad de perfeccionamiento constante de los nuevos escritores colombianos.

Esta séptima entrega ha acogido por primera vez a un escritor suramericano, y ha escogido de su vasta obra solo la primera parte de la cuarta jornada de la novela *Pobre negro*, publicada originalmente en Caracas, durante el año 1937, por la editorial Elite. Junto a otras novelas suyas, como *Doña Bárbara* (1929), *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935), *El forastero* (1942), *Sobre la misma tierra* (1943) y *La brizna de paja en el tiempo* (1952), *Pobre negro* contribuyó a dividir la historia de las letras de Venezuela en un antes y un después de Rómulo Gallegos. Es motivo de inmensa satisfacción para esta revista haber podido incluir en esta sección de maestros supremos de las bellas letras a un escritor del vecino país que en su tiempo pudo satisfacer, con su pluma, las hondas necesidades de cambio que su pueblo reclamaba.

CUARTA JORNADA

I

LA FURIA

Ya estaba en pie de guerra la Venezuela cuartel. En el plano superficial de los acontecimientos históricos donde actúan los hombres, como individualidades responsables de sus propias apetencias materiales o espirituales, era la pugna política de los liberales contra los oligarcas por la conquista del poder; pero en lo hondo y verdadero de las cosas obedientes a la voluntad vital de los pueblos, sería el duelo a muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de trasplante —códigos y constituciones aparentemente admirables— en que venía amparando sus intereses la clase dominadora.

Apurando ya el cinismo político que habrían de practicar los liberales, para no parecerse en nada a los circunspectos conservadores, personajes destacados de aquellos,

no tuvieron reparos en confesar que, trocadas las circunstancias de pura formalidad, así como levantan la bandera de federación habrían enarbolado la de centralismo; pero si esto hubieran hecho, no correspondiendo de ningún modo a la fórmula política a la esencia íntima del movimiento, otra habría sido quizá la suerte de la causa liberal.

—Federación es el monte contra la ciudad —explicarían sus paladines más representativos, broncos macheteros de extracción popular, casi todos.

Mas si al expresarse así demostraban su absoluta ignorancia de la significación del término, en cambio acertaban con la naturaleza de la cosa íntimamente sentida. Lo disperso y ya penetrado de tendencias disolventes, el ancho campo venezolano, desierto salpicado de hombres fieros de sí mismos, contra lo centralizador y disciplinario que



implica la ciudad. Y entendida así la federación y por otra parte confundida con democracia, aquella tenía que ser forzosamente la bandera del movimiento, cuya característica fue la facción anárquica que allí mismo brotó de cada palmo del suelo venezolano.

Persiguiendo reivindicaciones sociales, aunque por entre las nieblas de la falta de ideología verdadera y por los extravíos del exterminio, fue la guerra contra el propietario y contra la gente de pro, toda incluida en la abominación de blanca o de mantuana, para aniquilarla y destruir la propiedad que la hacía fuerte. Se ofrecía esta a las clases menesterosas como banderín de enganche, mas por donde pasaba la montonera no quedaban sino escombros y tierras asoladas. Se simulaban decretos del gobierno restableciendo la esclavitud, a fin de que todos los que habían gemido bajo sus cadenas corrieran a ponerse en armas contra los antiguos amos y a las guerrillas se incorporaban las peonadas, después de haber contribuido a la matanza de los propietarios o de sus mayordomos, quedando las mujeres con el beneficio de las tierras, prácticamente ya sin dueños. Se entraban a saco los pueblos para arruinar a los comerciantes y luego se entregaban a las llamas, a fin de que no quedase blanco con techo que lo abrigara. Se pasaba a cuchillo a todo el “mantuanaje”, incluso las mujeres y los niños, muchas veces. Cuando un jefe de tropas federales destacaba a un subalterno con el encargo de tomar una plaza, ya solía recomendarle:

—No olvide la importante operación de arrasarla, si se le rinde a discreción.

Y el pueblo —aquel que no podía entender el lenguaje de los civilizadores abstrusos— oía en estas órdenes palabras complacientes de sus hambres y sus rencores. Eran hombres diáfanos —carne de pueblo y espíritu de represalias— quienes las pronunciaban y la montonera obedecía sin contemporizaciones.

Se incendiaban las haciendas, se arrasaban los plantíos, se hacía hecatombes en los hatos y por los innumerables caminos

de los llanos y por todas las quiebras de las serranías se deslizaba el fantasma del terror.

—Es Boves que vuelve —decían los ancianos, que habían presenciado el paso de las hordas del realista espantoso—, llamándose ahora Ezequiel Zamora.

Era este el hombre en quien podía complacerse el espíritu personalista y en cierto modo mesiánico del pueblo venezolano. El caudillo popular cuya figura se agigantó desde los mismos comienzos de la guerra. Como Boves, arrastraba las masas en pos de sí, pero el hierro implacable del asturiano traía ahora añadido el fuego. Araure desaparecía bajo las llamas, Guanare se convertía en escombros humeantes... Zamora no daba cuartel y su silueta aquilina se desmesuraba en el ánimo del pueblo contra el resplandor del incendio que iba sembrando a su paso, en marchas y contramarchas desconcertantes para el enemigo, haciendo así la guerra alegre de la astucia junto con la trágica de la devastación.

Era, sin duda, el caudillo convencido de la justicia de su causa, aunque sin ahondar en el espíritu de esta. Poseía la capacidad militar que se obstinaban en negarle los envanecidos oligarcas de la Academia de Matemáticas, era dueño del don de la fascinación de las multitudes y tenía el temple férreo necesario en la mano que hubiese de reunir en un haz todas aquellas montoneras dispersas y anárquicas. Le faltaba, en cambio, la capacidad constructiva que solo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales, así fuese la espada lo que empuñase su diestra; pero aun así habría sido la cabeza de la furia que no había de tener sino brazos exterminadores y no bien se había difundido la tardía noticia de Santa Inés, que era ya su apoteosis, cuando corrió la de su muerte, en San Carlos, por una bala sobre cuya procedencia se formarían leyendas.

Pero la revolución federal tenía raíces profundas en cada palmo de la tierra venezolana y ya podían morder el polvo, uno tras otro, los hombres en quienes se complaciese aquel espíritu mesiánico y ser derrota-

dos los ejércitos o exterminadas las facciones, porque en seguida estas reaparecerían, aun sin jefes, más encarnizadas y sañudas. Al monstruo de la furia sin cabeza le nacerían brazos, mientras hubiese algo que convertir en escombros.

¡AQUEL SILENCIO!

Un pueblo por donde no transita un alma, cerradas todas las puertas. Lo alumbraba la luz siniestra de un sol sin brillo, cernida a plomo a través de una atmósfera saturada de humo, con pavesas del incendio de las sabanas circundantes, que todavía caen sobre los tejados y en las aceras, donde juegan con ellas soplos intermitentes de un aire abrasador. Pesa sobre él un silencio trágico, angustia de la catástrofe que por momentos se aguarda, apenas pasado el peligro de aquellas candelas que hasta allí se propagaron.

Hace poco se ha oído un toque de corneta que viene acercándose y se sabe que un pelotón de caballería del gobierno, apostado en uno de los extremos de la calle real —la única que atraviesa la población—, espera el ataque de un cuerpo de caballería federal que avanza por el camino que se desprende del otro extremo de aquella. No ha salido a darle pelea en las sabanas del contorno porque monta bestias cansadas con las que se expondría al riesgo de ser envuelto por el enemigo —gente más llanera, además—, pero, sobre todo, porque el jefe está encolerizado con los vecinos de quienes no encontró caballerías para reemplazar las suyas y se ha propuesto hacerles correr los peligros del combate en poblado, ya que, por otra parte, el incendio de las sabanas le cortaba la retirada.

Todas las puertas están cerradas y atrancadas, no solo las que dan a la calle, sino también las de las habitaciones interiores, donde las mujeres rezan ante los santos colgados de las paredes, con los niños temblorosos prendidos de sus faldas, mientras los

hombres que no han podido huir de la población —los ancianos principalmente— se pasean de un extremo a otro, cabizbajos y con las manos cogidas a la espalda, conteniendo sus personales temores con sus zozobras por la familia en peligro.

Pero en una de las casas de aquel extremo de la población un niño se ha aventurado a asomarse por la rendija de un postigo de la ventana, mientras la madre, en su angustia mortal, no se da cuenta de que no lo tiene consigo.

Allí el trágico silencio es interrumpido entre ratos por el piafar de las cañoneras del pelotón, por el sonido metálico singularmente perceptible de los arneses o del choque de las lanzas en el aire, y por las palabras entrecortadas y con sordina del sobresalto que de cuando en cuando pronuncian los jinetes pálidos. Y el niño se fija en uno que tiene un bozo de miedo, morado, en medio de la palidez profunda del rostro imberbe y cuyos ojos grandes —que así no debía tenerlos siempre— miran fijamente hacia el extremo opuesto de la calle desierta. Es otro niño, casi, y el que está tras el postigo siente su pequeño corazón invadido por una gran simpatía y una inmensa amargura.

De pronto suena otra vez el toque de corneta, ya en la entrada del pueblo.

—¡Firmes! —ordena el jefe del pelotón.

Los jinetes se enderezan sobre los estribos, teniendo en alto sus lanzas y el niño del postigo observa que hay una arriba, que se mueve más que las otras.

En seguida se oye un tropel de cañoneras, por donde las esperaba el pelotón inmóvil, cuyo jefe ordena:

—¡Lanza en ristre!

Y luego, con un hablar calmado, espantosamente lento ante la velocidad de la muerte que viene contra ellos:

—No son tantos como nos imaginábamos, muchachos. No será muy desigual la pelea. ¡A la carga contra ellos!

Resuena el estrépito del arranque

de las caballerías y entre la polvareda los del gobierno se lanzan al encuentro de los federales.

Cesa de pronto el galope de los caballos, cuyos pechos retumban en el choque brutal, y cesan también los vivas respectivos y los insultos de los combatientes, unos a otros, a fin de que solo se oiga el trabajo de la muerte, en el chasquido de los sables y de las lanzas que ya se hundían en carne sangrante. Esto y el espantoso silencio del pueblo, a puertas cerradas.

De bando y bando, ya caían desarzonadas las víctimas de la matanza, profiriendo apenas pugidos de muerte y pronto comenzó a ceder el pelotón del gobierno ante el empuje arrollador de los federales.

Ahora el combate se desarrollaba precisamente frente a la ventana del postigo entornado y el niño veía el hierro hundiéndose en la carne y la sangre saltando a chorros y los rostros palideciendo hasta la blancura espantosa; pero no oía ruido de ninguna especie, sino un silencio escalofriante, cual si bestias y hombres y armas no fueran masas que chocasen, sino sombras incorpóreas de una pesadilla monstruosa.

Veía, ojos toda su alma. Veía ahora nada más que el rostro, horriblemente pálido del otro niño, con rocío de sudor en el bozo morado. Allí mismo, en la acera, junto al postigo ya completamente abierto... No vio la lanza cuando le penetró en la carne, ni el borbotón de la sangre que por la herida se le precipitó fuera, pero sí los ojos llenos de lágrimas y el gesto, los pucheros que hacen los niños cuando van a romper en llanto...

Por fin, la madre se dio cuenta de que el suyo no estaba con ella y buscándolo por toda la casa lo encontró asomado al postigo completamente abierto, rígido, como el que ya estaba tendido en la acera, desemblantado y con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Lo quitó de allí y se lo llevó en los brazos, llamándolo por su nombre, sacudiéndolo para que volviese en sí, mientras él continuaba mirando el combate de sombras

espantosas que manaban sangre y los pucheros del soldadito imberbe cuando la lanza le traspasó el pecho.

Luego, recuperada el habla, empezó a murmurar sordamente —y así estuvo todo el día:

—¡Ese silencio! ¡Ese silencio!

AQUELLA VISIÓN ATROZ

Otra población por donde acababa de correr la noticia inquietante de que se acercaba un cuerpo de tropas federales derrotadas por el gobierno, que era cuando se volvían más temibles para la gente pacífica. Los hombres habían huido a esconderse en los montes de los alrededores y en las casas no quedaron sino las mujeres, los niños y los viejos valetudinarios que no estaban para carreras. El comercio cerró y atrancó las puertas, pero la pulpería de la barriada denominada Pueblo Abajo, propiedad de la viuda Manuela de Fuentes conservó abiertas las suyas.

Manuela era una mestiza buena-moza, todavía joven aunque madre de cinco hijos, el mayor de los cuales, que llevaba su nombre, cumplía ya los doce y no hacía mucho que había perdido al marido por causa de aquella misma guerra; pero era también una mujer enérgica que sabía amarrarle la cara a la soldadesca que se le metiese en la pulpería, al frente de la cual se hallaba desde que quedó viuda, ayudada por Manuelito, el hombre de la casa.

—¿De qué vale cerrar las puertas —se había dicho— si a culatazos pueden echarlas abajo si les da la gana? Puede que por el contrario, encontrando abierta la pulpería y resignándonos nosotros a perder un poco de aguardiente, para que se saquen el miedo que traigan en el cuerpo y unos papelines y unas libras de queso para que se aplaquen el hambre, nos respeten lo demás. Al ladrón hacerlo fiel.

Y después de encerrar bajo llave a sus hijos menores en una de las habitaciones, se quedó con el más espigadito detrás del mostrador de su pulpería, encomendándose a San Miguel Arcángel, pues era el mismo diablo bajo el nombre de comandante Asunción Moyano quien venía al frente de aquella tropa en fuga.

Llegó por fin esta, con la avidez de saqueo y de exterminio redoblada por el revés sufrido, y en un principio las cosas se presentaron conforme a las previsiones de Manuela, pues cuando el comandante Moyano vio abierta la pulpería del Pueblo Abajo, ya dándose cuenta de que todas las demás estaban cerradas, arengó así a su gente:

—¡Muchachos! Aunque el gobierno viene picándonosla retirada, tenemos tiempo de echarles una manita a los godos de este pueblo. Aquí hay plata bastante y bastimentos de boca y pellejo en abundancia pa el hambre que traemos y la desnudez en que nos tiene la campaña. *Salus populi suprema les esto*, que quiere decí, pasándolo del latín a cristiano: sálgase del pueblo el que no le guste esto. Pero antes de que se salgan vamos a vé si les echamos mano a algunos godos, pa cobrarnos los muertos que nos acaban de hacé sus tropas y en cuanto al botín de guerra, ustedes no son mancos. Pero a esta pulpería que nos ha esperao abierta no me la toquen, so pena de la vida. El dueño debe sé federal y perro no come perro. En cambio, todo lo que esté cerrado es godo, y palante contra ellos. Pero ya saben, no hay que perdé tiempo: lo que no se pueda llevá en los morrales se me lo entregan a la candela, que lo purifica todo. ¡He dicho!

Y mientras la tropa se lanzaba al saqueo de la población, se apeó de su caballo y entró en la pulpería rodeado de su Estado Mayor —tres ayudantes de la peor catadura posible— y diciendo:

—¿Dónde está el correligionario dueño de este establecimiento? Pa poneme a sus órdenes si rialmente es federal, como me lo imagino y pa que se mande a destapá

por su cuenta una de esas botellas de brandy, con la cual vamos a brindá por el triunfo de nuestras gloriosas armas.

—Servidora—dijo Manuela, poniéndole ya la cara amarrada que le inspirase respeto.

—¡Cómo! ¿Usted, prenda? Yo que me imaginaba que mi correligionario era del sexo feo y es na menos que esta sabrosura de mujé.

Manuelito palideció de coraje, y la madre, replicándole a Moyano:

—Más respeto, comandante. Está usted tratando con una señora que sabe darse su puesto, aunque me encuentre detrás de un mostrador.

Y al hijo, a quien previamente le había recomendado que no hiciese caso de nada de lo que oyera de aquella gente:

—Acuérdate de lo que te advertí.

Mientras el federal:

—Bueno. Si es así, como yo no tengo costumbre de tratá con damas de alcurnia, vaya diciéndole de una vez a su marido que me salga, pa entenderme con él a mi manera.

—Soy viuda —repuso ella, secamente—. Por eso me encuentra aquí.

Ah! ¿Y este jovencito que la acompaña? —Es mi hijo mayor.

—Pues cualquiera diría que era su hermano, de tan joven y tan buenamoza como está usted. Con el permiso del jovencito, que otra vez vuelve a clavame los ojos como si quisiera comeme.

Y volviéndose a sus ayudantes:

—¿Verdá, compañeros, que el muchacho está bueno pa tambor? Un poquito menos espigao que el que nos acaban de matá, pero...

Entretanto Manuela había destapado la botella indicada por el federal y sirviendo ya las copas, le dijo:

—Aquí tiene lo pedido. Pero en cuanto a mi hijo, no se haga ilusiones de que se lo va a llevar.

Moyano les guiñó un ojo a sus ayudantes, y mientras cogía la copa servida, murmuró:

—*Labor omnia vincit honeste vivere*, dice el latín que me enseñó el maestro de Guardatinajas y que significa: yo como que me quedo con estos víveres.

Y a Manuela, ya apurada la copa:

—¿Y si la causa necesita del muchacho, señora?

—Ya le dije: no se haga ilusiones.

Tendría que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Caramba! —exclamó el comandante, socarronamente—. Si no fuera porque tiene usted pinta en ese rostro divino la lindura del sexo a que pertenece, me imaginaría que era un hombre el que me está hablando debajo de esos fustanes.

Soltaron los ayudantes una risotada procaz y como Manuela advirtió que al hijo ya se le saltaban las lágrimas mientras la cólera contenida le demudaba el rostro, díjole:

—Vete para adentro.

—No —repuso el muchacho—.

Déjeme aquí.

Todo mientras Moyano agregaba a sus palabras anteriores:

—Pero ya el hombre que hubiera podido enricásceme en esta casa está bajo tierra, si su palabra no ha mentido, dejándola a usted con toda esa buenamosura a la mercé de los demás hombres que todavía resollamos fuerte.

—Que se lo figura usted—repuso la brava mujer, abriendo el cajón del dinero, donde había puesto una pistola para los casos extremos, ya dispuesta a defenderse por las airadas.

Pero de un zarpazo rápido Moyano le sujetó el brazo y dándole rienda suelta a sus apetitos saltó el mostrador.

Manuelito se precipitó sobre un machete que a la mano tenía, pero los ayudantes lo sujetaron y lo desarmaron y todo hubo de presenciarlo llorando de coraje y

debatándose inútilmente entre las risotadas bestiales de los ayudantes del federal.

Un toque de corneta a la distancia y luego otro más cerca —ardid de un vecino del pueblo entrado a saco, para hacerles creer a los federales que se aproximaban las fuerzas del gobierno que venían persiguiéndolos— fue la señal de desbandada para los saqueadores, que no tuvieron tiempo de prenderle fuego a la población.

Pero si algo de esta se salvó de los desmanes de la horda, en cambio ya la vida de Manuelito estaba destrozada para siempre. No podría ver más a su madre sino como la presa de la bestia que se había saciado en ella y esta visión atroz le quemaba los ojos y le abrasaba el alma.

Y aquella misma tarde la madre lo encontró ahorcado de una de las vigas del techo de la caballeriza.

FASCINACIÓN

Un rancho llanero, en las sabanas de la entrada del Guarico, cerca de un palmar. Reinaba la sequía y en el horizonte vibran los espejismos. Una nube de polvo que avanza a lo lejos.

—Aguaita, mama —dice en la puerta del rancho un muchacho como de trece años—. Ahí como que viene la gente.

La madre se asoma a la puerta. Es una mujer todavía joven, pero sarmentosa y renegrida por el sol de la llanura. Mira hacia la nube de polvo y murmura:

—Sí. Es gente de tropa.

—¿Será del gobierno? —se pregunta el hijo.

Y ella, después de observar un rato:

—No. Son federales. Y si no me equivoco, es la gente de mi compae Ramón Nolasco.

—Menos mal—murmura el muchacho.

Y la madre agrega:

—Aunque pa lo que nos queda que perdé, bien pudieran sé enemigos. La cochina flaca y el burro espaletao.

—Y las cuatro maticas de yuca que se están secando —completa el hijo.

Y ambos permanecen en la puerta del rancho esperando lo que les traiga aquella nube de polvo. El sol abrasa la llanura; en el palmar estridulan las chicharras.

Llegaron los federales a quienes, en efecto, capitaneaba aquel Ramón Nolasco aludido.

—Salud, comadre —dijo, ya apeándose.

—Salud, compae —respondió ella.

Mientras el muchacho salía al encuentro de aquel y arrodillándosele por delante, decíale:

—Su bendición, mi padrino.

—Dios te bendiga, ahijado.

Y a la mujer:

—¿Qué nos tiene por aquí, comadre?

—Una poca de agua. ¡Y gracias, compae! Porque ya el pozo se está secando.

—¿Oyeron, muchachos? —preguntó Ramón Nolasco, dirigiéndose a su tropa—. Apláquense la sed, que para lo demás Dios proveerá más adelante. Ándense al pozo, mientras yo echo aquí una conversadita con la comadre Justa.

Y ya tomando el rústico asiento que la mujer le ofrecía:

—Venimos a marcha forzada, para incorporarnos con la gente que está abriendo operaciones sobre Calabozo.

—¿Y de dónde la trae?

—De por los lados de Valle de la Pascua.

—¿No se topó por allá con la gente del general Sotillo?

—No. El anda ahora por los llanos de Chamariapa abriendo operaciones sobre Aragua de Barcelona, donde se han hecho fuertes los godos.

—Con él andan mis dos muchachos mayores. Digo, si ya no me los han matao.

—No se preocupe, comadre. Dios está con nosotros, los servidores de la causa del pueblo.

—Eso dicen, pero por aquí no lo he visto pasa a preguntame cómo me hallo.

—Mal, seguramente.

—¡Imagínese, compae! El marío muerto en la guerra, los dos hijos mayores corriendo la misma suerte, y yo aquí con este, su ahijado y con la nietecita huérfana de mi difunta Asunción, que en paz descansa. Por ahí anda la pobrecita, buscando jobos pa aplacase el hambre.

El guerrillero se volvió hacia el muchacho—que estaba contemplando el sable dejado por él sobre un taburete—y dijo:

—Pero ya el ahijado está crecrido, comadre, y en algo puede ayudarla.

—Volunta no le falta, pero mientras esta guerra dure... ¿Cuándo se acabará esto, compae?

—Esto va para largo. No hay que hacerse muchas ilusiones de momento. El triunfo será nuestro, al fin y al cabo, porque la buena causa tiene que imponerse; pero los godos todavía resisten. Si no nos hubieran matado al general Zamora, hace tiempo que estaríamos en Caracas; pero a falta de él, a Dios rogando y con el mazo dando.

Entretanto, el muchacho contemplaba el sable, que había sacado de su vaina de cuero. Le palpaba el filo y se deleitaba con el brillo de la hoja, buscando las señales de la sangre goda que hubiese derramado. Pero no era propiamente un sentimiento rencoroso que allí buscarse complacencia, sino una fascinación ejercida sobre su alma por el acero desnudo que simbolizaba la guerra. A esta se lanzaban los hombres valientes y ella los convertía en algo más que hombres: los guerrilleros que recorrían la llanura envueltos en un aura de leyenda, los caudillos que arrastraban en pos de sí a las muchedumbres

armadas... La guerra era una cosa hermosa, con sus clarines y sus tambores, sus banderas y sus espadas brillantes. ¡Una cosa de hombres!

La mujer, renegrida y sarmentosa, había interrumpida el inacabable cuento de sus miserias y tribulaciones, y como advirtiese la contemplación a que se entregaba el hijo, hízole a su compadre una seña para que volviese la cabeza, a tiempo que se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga, de resignación ante una fatalidad.

Ramón Nolasco se quedó mirando al muchacho y luego le preguntó:

—¿Te gusta, ahijado? ¿No querías verte con uno tuyo que fuera un espejo de hombre, como ese donde te estás mirando?

—Sí —respondió el muchacho, volviendo hacia el guerrillero sus ojos fascinados—. Sí me gustaría, padrino. Yo también quiero ser como usted, un militar valiente.

—¡Jm! —hizo la mujer—. ¿Lo está escuchando, compae? Esa es la ayuda que puedo esperar de él.

Y Ramón Nolasco, sin hacer caso de las palabras de la madre:

—¿Te gustaría irte conmigo de una vez?

—Si mi mamá me dejara...

—Démelo, comadre. Lo que va a suceder más tarde, que suceda más temprano. Déme ese muchacho para sacarle de él un hombre de provecho para la causa del pueblo. Yo lo cuido.

Y la mujer, fatalista:

—Lléveselo, compae. Usted lo ha dicho: lo que va a suceder de tos modos, que suceda de una vez. Ya los otros cogieron su camino y solo me quedaba este pa dáselo también a la guerra. Otros hubieran venío a llévaselo por la fuerza. Los del gobierno el día menos pensao. Mejor es que se lo lleve usted.

Y horas después, ya el hijo alejándose por la sabana atardecida, a la grupa del caballo guerrillero y ella en la puerta del rancho junto con la nietecita llorosa:

—Bueno, mijita. Ya nos quedamos

solos. Mañana arriaremos por delante el burrito espaletao y la cochinita flaca y nos iremos a pedir limosnas por los pueblos. Dice el compae que Dios anda con ellos. ¡Que asina sea, pa que me proteja al muchacho!

VENEZUELA

A una legua escasa de la desembocadura del Unare, por donde el río en pleno caudal—reinaban las lluvias torrenciales de la despedida del invierno—cortaba un camino, había un paso de balsa.

Sobre la margen izquierda, por allí barrancosa, estaba la casa del balsero y ya anocheía, con grandes nubarrones que anunciaban tormenta, cuando llegaron a ella unos diez hombres de tropa, de los restos dispersos de un batallón del gobierno recién derrotados por los federales.

Iban rotos, desmoralizados, dos de ellos con ensangrentadas vendas de sucios trapos ceñidas a la cabeza y los conducía un sargento, que, a grandes voces, entre obscenidades, preguntó:

—¿Dónde está ese balsero que no ocupa su puesto? Que salga inmediatamente a pasarnos pa el otro lao, si no quiere que le peguemos candela al rancho.

Se asomó a la puerta de este una mujer a cuyas faldas se agarraban dos muchachitas greñudas y vestidas de harapos, y con voz temblorosa respondió:

—¡Ay, señor! El balsero era mi marido y se lo llevaron los malditos federales, trasantier no más. Yo estoy aquí sola con estas criaturitas.

—Pues venga usted con nosotros, si es que no quiere que le dejemos la balsa en la otra orilla.

—¡Ay, señor! —gimió la mujer—. Yo no puedo goberná esa balsa. Y de allá pacá menos, porque el río está muy correntoso y me trambucaría. Llévensela ustedes y déjenmela amarrá en la otra orilla.

—No estamos nosotros pa amarrá balsa ajena. Se la dejaremos a mercé de la corriente y asina no podrá utilizarla el enemigo, si cae por aquí siguiéndonos el rastro.

Pero entretanto uno de los soldados se había metido en el rancho y desde allí le gritaba al sargento:

—Aquí están los balseros escondidos. Dos por mengua de uno.

Y a los aludidos:

—¡Salgan pa juera, sinvergüenzas! ¡Federales deben de sé estos gallinas!

Y a golpes de culata que les daba el soldado, salieron de su escondite dos muchachos ya hombrecitos, que en realidad eran los balseros.

—Conque ¿esas tenemos?—exclamó el sargento. Mientras la mujer gemía:

—¡Ay, señor! ¡Perdóneme! Le conté una mentira, porque estos dos muchachos son mis hijos y tenía miedo de que me los fueran a reclutá. ¡Ellos no tienen la culpa! Fui yo quien los hizo esconderse. No me les vaya a hacer na. ¡Por vía suyita!

—Ya veremos en la otra orilla—repuso el sargento—Ahora que busquen las palancas pa que nos pasen pa el otro lao lo más pronto posible.

—¡Sí, señor! ¡Cómo no! Anden, mis hijos, pasen a los señores. ¿Usted no me les va a hacer na malo, verdá, señor sargento? ¡Este, qué digo, señor capitán! Déjeme dir con ustedes pa ayudá a los muchachos, porque ya le digo, el río está muy correntoso pa remóntalo de allá pacá.

—¡Cómo no, señora!—repuso el sargento—. ¡No faltaba más! Embarquese también, si esa es su voluntad. Y tráigase consigo a las muchachitas, si no quiere dejar rabos por detrás. Asina se ayudarán entre todos, unos con otros, en el viaje de regreso, que será de remonta, según sus propias palabras.

—¡Ay, señor!—exclamó la atribulada madre—. ¡Qué bueno es usted! ¡Dios me lo ayude y me lo libre de mal y peligro! ¡Vamos, mis hijitos, vamos todos juntos a pasa a los

señores! No tengan miedo. Son gente buena, como toa la del gobierno.

Atravesaron el río, ya anochecido, la madre ayudando a los hijos, en cuyas temblorosas manos vacilaban las palancas, mientras el sargento se cruzaba miradas siniestras con sus torvos soldados, estos guiñándoles el ojo a las muchachitas. Y ya atracaban en la orilla opuesta cuando, a un gesto de aquel, preguntó uno de los subalternos:

—¿Todos, mi sargento? ¿Las pollitas también? ¿No nos servirán pa otra cosa?

—¡Todos! Pa que no haiga quien eche el cuento.

Pero en seguida:

—Todos no. Que se quede la vieja zorra, pa que siga diciendo embustes.

—¡Por Dios! —suplicó la madre, ya comprendiendo.

Y a bayonetazos vio que le mataban los hijos.

Saltaron a tierra los asesinos y el sargento gritó, entre las risotadas de sus soldados:

—¡Bueno, pues, vieja zorra! ¡Que Dios me la ayude a palanqueá la balsa de aquí pallá!

Se alejaron las carcajadas, se perdieron en el silencio de la noche, ya tinieblas espesas. Se incorporó la madre, que se había inclinado sobre los cuerpos yacentes, con la sangre de todos sus hijos, fría, en las manos sarmentosas... Pero ya había perdido la razón y el uso de la palabra, que para nada le serviría en la soledad en que la había dejado la guerra y empuñando una de las palancas, retiró de la orilla la balsa trágica donde chapoteaba el negro río, con un rumor de lengua que estuviese lamiendo algo.

La corriente se la fue llevando, poco a poco. Grandes nubarrones cubrían todo el cielo y relámpagos inmensos aleteaban sobre el agua tenebrosa...

De pie en la balsa, entre sus hijos muertos, la madre, muda y trágica, hundía de cuando en cuando la palanca, cual si buscara un rumbo.

LA FACCIÓN

Hacía rato se había divisado una bandera federal que aparecía y desaparecía a trechos, detrás de las lomas de la fila de Los Ocumitos, de donde el camino descendía por hondonadas boscosas para atravesar luego el caserío de Las Mayas y en este se esperaba por momentos el paso de la facción. Incorporados los hombres a otras que ya habían desfilado por allí, solo quedaban las mujeres y los chicos, todos asomados a las puertas de los ranchos, después de haber ocultado ellas entre los matorrales del contorno sus animales domésticos y las provisiones de boca de que dispusiesen. Un sol amarillento, cernido a través de humaredas de incendios, acentuaba el ambiente dramático de la expectativa, cruzándose las conjeturas de puerta a puerta:

—¿Qué gente será esa?

—Como no vaya a sé la del negro Eleuterio Zapata, que y que venía rumbiando pacá. O la del Siete Cueros, que es más pior.

Hasta que por fin:

—¡Aguaita! Ya vienen dentrando.

Precedía a la facción, a pie y adelantada buen trecho, una de aquellas mujeres de tropa que acompañaban a los federales, principalmente, haciendo de cocineras en el vivac, de enfermeras para los heridos, de cantineras en los combates y aun de soldados, cuando junto a ellas caía alguno sin haber agotado sus municiones. Una de esas mujeres de la hez que por todas partes iban incorporándose a las partidas revolucionarias, con un espíritu de abnegación—pequeña flor de nobleza humana—entre los apetitos de vagabundaje y de vida disoluta.

Varias veces, años antes, había pasado por Las Mayas, arreando cerdos, esta que ahora venía de tropera machete en mano, tercerola a la espalda, sombrero de cogollo, faldas recogidas hasta las rodillas, pie descalzo y lívidas cicatrices de pústulas en las piernas de musculatura hombruna. Decíanle *La Colorada*, aunque de tal no tuviese, en realidad, sino una amorotada soflama de alcohol

bajo la tez zamba, y en su adusta expresión habitual de marimacho traía ahora el gesto guerrero que le fruncía el ceño. Sus pasos golpeaban enérgicamente la tierra y miraba hacia adelante, desdeñosa de la curiosidad del vecindario apiñado en las puertas.

En Las Mayas, como por dondequiera que pasó cuando arreaba cerdos, no había dejado amistades y menos entre las mujeres, con las que siempre se condujo desdeñosamente; pero de todas las puertas le dirigieron saludos y preguntas:

—¿Quién es el jefe de esa tropa?

A lo primero no se dignaba a responder, mas a lo segundo contestaba, sin volverse a mirar a las curiosas y con orgullo de esparcidora de famas:

—Pedro Miguel Candelas.

Y en pos de ella iba dejando el murmullo admirativo en el apiñamiento de las puertas, ahora confiado y entusiasta:

— ¡Pedro Miguel Candelas! Nunca había pasado por allí aquel guerrillero; pero sí muchas veces su fama, ya esparcida por todo Barlovento y por los valles del Tuy, de donde ahora venía de regreso. Y la muchacha de Las Mayas, en cuya imaginación se desmesuraban las hazañas del federal, se echó fuera de los ranchos a aclamarlo.

Era el guerrillero infatigable que en un mismo día daba dos o tres golpes audaces a leguas de distancia, apareciendo aquí cuando se le esperaba allá, atacando de pronto por retaguardia al enemigo que creía ir picándole la suya y haciendo en todas partes la guerra de la astucia, que siempre impresionaba favorablemente el espíritu del pueblo y con todo esto y la roja aureola de federal inmisericorde que también lo nimbaba, ya su personalidad adquiría las magnitudes del caudillo fascinador de masas.

Y en el caserío de Las Mayas, como por dondequiera que pasaba, ancianas valedudinarias que hacía tiempo esperaban la muerte desprendidas del mundo, sin moverse de los oscuros rincones de sus ranchos por nada que afuera ocurriese, al oír aquellas

voces rebulleron animosas y se precipitaron a las puertas trastabillando y murmurando:

—Ya no me morí sin conocerlo.

Venía a la cabeza de su facción, a caballo, cejjunto, mirando hacia adelante —como la tropera que lo precedía y lo imitaba— obstinadamente, con ojos febriles, cavados en el rostro, cuyo perfil violento acentuaba las negras barbas aborrecidas que durante la campaña le habían crecido. Era un hombre en pos de una idea tremenda que le trazaba un destino dramático, seguido por otros de caras torvas, negras y ceñudas, que, como él, cabalgaban en silencio. Sesenta jinetes taciturnos que componían la facción más aguerrida de cuantas pululaban por aquellos montes.

A ambos lados de las caballerías y en pos de ellas, a pie iban las troperas —la hembra brava, a la pata del caballo de su hombre—, ceñudas y silenciosas también, con sartenes y ollas y sacos de bastimentos a las espaldas o conduciendo de diestro las mulas de la impedimenta más pesada. Levantaban el polvo del camino con sus pies descalzos y dejaban en el aire peste de yodoformo.

La guerra no contaba por allí las jornadas sangrientas de combate y batallas campales que habían esterado de cadáveres el suelo de otras regiones del país. Fueron tiroteos, aquí y allá, cuando las banderas federales aparecían sobre una loma o se aventuraban hasta las cercanías de los pueblos ocupados por el gobierno; pero, en cambio, las del fuego habían sido devastadoras. Desde la fila de Los Mariches hasta las montañas de Capaya y de Ocumare, todas las haciendas de Barlovento y de los valles del Tuy iban convirtiéndose en pasto de las llamas y era la facción de Pedro Miguel, principalmente, la que este rastro iba dejando por donde pasaba.

Y en las puertas de los ranchos de Las Mayas, entre las mujeres sobrecogidas por el silencio de la tropa taciturna, algunas murmuraron, aludiendo a aquellos incendios:

—Güelen a jumaserá.

Pero era gente fogueada en muchos encuentros con el enemigo, pues lejos de evitarlos, como lo acostumbraban la mayor parte de los jefes de montoneras, para dedicarse al merodeo sin graves riesgos, Pedro Miguel mantenía a la suya en espíritu de acometividad, sin darle más descanso que el imprescindible, por no entender que en la vida de campaña pudiese haber jornada sin refriega.

Tampoco se preocupaba por ahorrar vidas —ya había sido bastante más numerosa su facción—, pues consideraba que la guerra era para morir en ella y a esto, dando el ejemplo, se lanzaba a la cabeza de su partida, arriesgándolo todo en cada encuentro.

Censurándole esta conducta, impropia de un jefe, le hacia dicho una vez Juan Coromoto:

—¿No comprendes que si te matan, contigo se acaba todo?

Pero él replicó:

—¿Por qué? Seguirán ustedes con otro jefe y la guerra continuará. La guerra no es cosa que tenga que hacerla Fulano o Zutano, especialmente; es ella la que nos hace a todos, según nos va necesitando, hoy a unos para arriesgarlo todo a cada momento y mañana a otro, quizá para otra cosa. Ella es quien mata, tanto al federal como al godo porque no le interesa sino la cuenta final. De otro modo, si guerreáramos con la sola idea de vivir mejor cuando esto se acabe, mejor que como vivíamos antes, no seríamos sino criminales, asesinos de otros asesinos.

Sus subalternos no podían entenderlo así, mas —aparte la fascinación que sobre ellos ejercía, propicio el estado de delirio colectivo que parecía haber desarrollado en todos los espíritus la furia sin cabeza— ninguno sería ya osado a desertar de sus filas, porque las dos o tres veces que esto sucedió, en los comienzos de la campaña, no tuvo sosiego hasta capturar y pasar por las armas al desertor.

—Que lo sean los del gobierno —solía decir— es muy natural, porque el

soldado de esas filas no está en ellas por su voluntad; pero el revolucionario que me siga a mí, por lo menos, que a nadie he reclutado, no digo por la fuerza, sino ni siquiera convidado por las buenas, ese tiene que morir; es la ley que él mismo se impuso, si no quiere caer, de todos modos, con cuatro tiros por la espalda.

—¿Y si te abandonan todos, en un momento dado, por librarse de esta ley de jierro?—le repuso otra vez el mismo Juan Coromoto, en la intimidad con que lo trataba.

—Seguiré yo solo —le contestó—. Mi guerra la llevo por dentro y no se acabará sino conmigo. Pedro Miguel Candelas nació ante las puntas de unas bayonetas y clavado e ellas mismas tiene que terminar.

Juan Coromoto se le quedó mirando, y él concluyó:

—Alguien me dijo una vez que en esta guerra se iban a encontrar los hombres a sí mismos y ha resultado verdad.

Pedro Miguel Candelas ya sabe quién es y para qué ha nacido.

Dábase cuenta de que los del exterminio no podían ser los caminos por donde se lograsen las reivindicaciones sociales, nebuloso objetivo de aquella guerra, pero a falta de ideas claras a tal respecto —porción de aquel mundo postergado en la barbarie nativa— admitía la destrucción de la propiedad como una fatalidad de la lucha, no totalmente desprovista de sentido vindicativo y la prac-

ticaba empecinadamente, dándole a la guerra lo que de él podía exigir ella, que eran apenas sus rencores, pero todos puestos al servicio de la vaga causa del pueblo, cuyos destinos allí se estaban decidiendo.

Pero, una vez más, la revolución había entrado en uno de aquellos intermitentes períodos de dispersión del impulso hacia los torpes objetivos inmediatos del pillaje originados por los reveses sufridos por sus ejércitos ya organizados, o por el cansancio que se iba apoderando de las tropas y las desmoralizaba, tanto a las del gobierno como a las federales, disgregándose estas, así en un caso como en el otro, en las innumerables montoneras, muchas de ellas sin jefes, que se dedicaban al bandolerismo desenfrenado.

De este segundo caso eran los signos que ya venían notándose en las filas revolucionarias y si la tendencia a la disgregación todavía no había tomado cuerpo en las de Pedro Miguel por obra de la actividad en que este las mantenía de continuo, en busca de encuentros con el enemigo, algo significaba ya aquel taciturno silencio en marcha de sesenta hombres torvos en pos de uno que miraba hacia adelante, obstinadamente.

Y en el caserío de Las Mayas, en el dramático ambiente que ya componía el amarillento sol de las humaredas, quedó la impresión de algo singularmente tremendo que se avecinara. ❁



